

LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTORES: Antonio José Montoya y Federico Carlos Henao.

UN AUTOGRAFO

“A Efe Gómez.”

“Mi amigo X redacta un periódico (lo digo porque conviene a mi asunto). El lunes fui á visitarlo. Cuando entré, se ocupaba en leer un manuscrito. Esto—me dijo mostrándome el papel—es la primicia de uno que quiere ser escritor público.

Cuando hubo acabado de leer le dije que me mostrara el autógrafo. Era una composición erótica llamada ingenuamente *Historia de mis amores*: nueva edición de la cantinela eterna. Todo el manuscrito estaba lleno de arranques pasionales expresados por las frases hechas del sentimentalismo amoroso. La clave del asunto literario era sencilla: el muchacho tenía diez y siete años, los primeros de la pubertad, que le hacían sentir sed insaciable de placeres, y no encontrando una mujer muy robusta y muy grande que lo satisficiera, le daba fantásticamente proporciones enormes á una coqueta que había servido de blanco á todos los estudiantes internos, como quien dice les había enseñado á coquetear. A los diez y siete años poco más ó menos, llega la hora en que todos nos creemos poetas, y aquél—tonto de nación—no quería quedarse inédito. Deseaba las letras de imprenta, como un polvo refrescante apropiado á su cerebro, escaldado por fantasías eróticas.

Publica la biografía del autor—le dije á mi compañero—antes de que conozcan la autobiografía de sus amores. Sólo los atenuantes fisiológicos ó intelectuales pueden hacer que esto sea obra de arte.

—Puedo escribirla—me dijo continuando la charla—tengo datos; haré preciosas revelaciones al público, pues tengo una cartera íntima del autor. Créo que no es abuso de confianza revelar los secretos de un hombre para hacerlo célebre. Voy á decirte cómo me hice á esa cartera de apuntes: ayer vino el poeta á traerme la *Historia de sus amores*; estuvo muy tierno, me habló del cariño y de los amigos fieles; me dijo que el día anterior se había acercado al sacramento de la penitencia, que estaba nervioso, impresionado; y por último me dejó una carte-

ra, con cuaderno de apuntes que tiene al fin unas fojas en limpio, para que le escribiera algo sobre la *amistad*, un *recuerdo* de amigo. Por cierto que en el bolsillo de la cartera tenía una lista de pecados, la estampa de San Luis Gonzaga y muchas estampillas nacionales y extranjeras.

Tomé en mis manos la cartera.

Tenía, en verdad, rasgos autobiográficos muy buenos. En una de las primeras páginas había una especie de árbol genealógico de la familia, del que resultaba, el poeta, blanco por los cuatro costados y descendiente directo de españoles notables. Volví la página y encontré: '*Libros que he leído*: El final de Norma, El sitio de la Rochela, El amor de los amores, Las trece noches de Carmen, Graciella, La Ferrería de Pont-Avesnes, algunos otros, y también, las Pasionarias de Flores!' Seguí volviendo hojas y en casi todas encontré el nombre de *Eloísa*, de diversos tamaños y en todas las variedades de letras. En medio de una página había esta frase insólita: 'Qué feliz sería si Eloísa me quisiera y yo pudiera casarme con ella!'. . . .

—Hombre! diciendo, me interrumpió mi amigo—tengo deseo de publicar esta composición para estimular á mi compañero, tal vez escribirá más tarde cosas buenas.

—Tal vez más tarde, pero el público no paga ensayos literarios nacidos de impotencia amorosa ó artística. Nuestro público quiere anuncios de comercio y algunas veces, por concesión, páginas literarias que lo hagan reír. Y no quiero culpar al autor porque escriba sentimentalismo soso y pueril: ¿viste las obras literarias con que ha nutrido su cerebro? Antes hace mucho, y no tendrá más remedio que quedarse inédito. En toda agrupación de personas que saben leer es obligatorio no exhibirse uno como imbécil. Hay que tener en consideración los alcances literarios de cierta parte del público para no dar tiro. Si falta en nuestra patria buena producción artística, sobra el criterio acertado; creo que no te conviene publicar semejante cosa.

—El autor es muy joven, no se le puede exigir más—me dijo en tono serio.

—Sí puedes exigirle que no se lance á la publicidad y que no se ponga en ridículo. El ridículo es para la inteligencia humana—cuando llega á comprenderlo—el mayor martirio posible. Cuántos quisiéramos borrar con sangre—dado que se pudiera—lo que hemos escrito en tiempos anteriores, y más tarde tal vez sucederá lo mismo con lo que escribimos hoy! A ese muchacho le falta preparación, los pocos años nada significan, es infalible la regla de que 'la malicia suple la edad'. Ese erotismo revela que el poeta ya está desarrollado físicamente y sin embargo su cerebro no ha llegado todavía á la pubertad. Ah! se me olvidaba que es blanco por los cuatro costados el autor erótico; si no tiene mezcla de ninguna clase, será poeta á lo sumo: ¡es tan peligroso ser blanco! Y no es pura charla, toda raza aislada degenera. De las familias que se en-

castillan para conservar á su raza la pureza primitiva, salen las mujeres delicadas y anémicas que para nada sirven en nuestra ruda vida ordinaria, los místicos, los excéntricos, y no es raro ver á los individuos de esas familias convertirse en sátiros incorregibles, sin atención á razas, ni á personas, cuando recobran su independendencia normal.

Decididamente tu compañero no sirve para escritor público. ¿Quién leerá á un autor que cuenta sus pasiones propias con la ingenuidad de una muchacha campesina, barnizándolas simplemente de lugares comunes? No se debe escribir nunca sobre asuntos propios porque al público nada le importa—por ejemplo—que un autor tenga su querida, ni que esa querida del autor tenga el rostro bonito y el talle más ó menos delgado y los senos más ó menos mórbidos.

—De ti se está apoderando el pesimismo—me dijo disgustado—; ya rechazas igualmente las formas y los asuntos literarios; cualquier detalle te parece fastidioso; no toleras lo mínimo, das un fallo condenatorio por una palabra mal puesta. Todo entusiasmo sentimental te parece ridículo, y ningún autor te satisface. Si continúas de esa manera, te harás insoporable. Las cosas tienes que tomarlas como son, so pena de resolverte en el *caballero andante* de la literatura patria, corriendo siempre tras un absoluto perfecto que no existe.

—Ovidas—le respondí—que todo lo he referido á un caso singular. Tú defiendes á un amigo y mi rechazo te lastima. Yo no obro por espíritu de exclusión y quiero que se me entienda. Yo tomo las letras por lo serio y deseo que se forme una literatura escogida; que los poetas (prodigados en álbumes y avisos) recobren su puesto, y que no ocupen el puesto de los poetas los estudiantes que empiezan á sentir las primeras manifestaciones sexuales. Ah! si á todos los fatuos nos ahogaran en la cuna! En cambio de los que se van á pique porque no sirven para artistas, que escriban los que ya dislocados de la sociedad no pueden ser otra cosa que artistas. A éstos, el comercio social los pesa, y al hallarlos cargados de ideal, á un lado los hace con desprecio.

Ya no pueden excusarse de escribir: para eso se han aislado de los demás hombres; han renunciado al matrimonio y á la tranquilidad de la familia, y han sufrido las enormes tristezas que siguen siempre á las tensiones cerebrales. Tras larga preparación han salido al público, con una colección de ideas y de frases nuevas, que se había formado dentro del cráneo. Tienen capacidad para alcanzar la gloria y no deben renunciar á ella. Que se eleven sobre el nivel humano aunque sea por un ascensor de antipatías.”

* * *

Así decía literalmente el autógrafo malogrado. Estaba suscrito *Hache López*. La intención de su autor era contestar,

punto por punto, los conceptos pesimistas emitidos por Efe Gómez en el fragmento titulado *Domingo p. m.* Como se ve, no tuvo éxito, pues, en el fondo, la contestación y el fragmento prueban lo mismo: que muchos son los metidos á genios, pero pocos, muy pocos, los bien dotados. El cambio del punto de vista, verificado por el nuevo autor—*Hache López*—no fue suficiente para desvanecer la triste verdad.

Agosto de 1896,

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

—❖—❖—❖—

FRAGMENTO

A la orilla del río, silenciosos,
 mirábamos vagar las rotas nieblas
 que esparce sobre el haz de las llanuras
 el soplo de la noche triste y negra;
 con sus tintas de iris esmaltaba
 el sol la margen de la cima enhiesta,
 y en derredor sus alas agitando,
 cubría nuestras almas la tristeza.
 La barca en tanto á nuestros pies, mecida
 por las ondas oscuras y traviesas,
 semejava un león aprisionado
 que sacude, soñando, la cadena.
 Flor de amor, entre párpados de lirio
 la inflamada pupila descubierta
 en que, á un tiempo, mezclados, se veían
 amor pujante y ansiedad suprema;
 flor de amor, con los labios encendidos
 cual por Mayo ó Abril las rosas nuevas,
 á mi lado una vírgen contemplaba
 en dulce arrobamiento la alta escena.
 Súbito rruiseñor en lo más hondo
 turbó el silencio de la augusta selva.
 Parecía decir: ¡Que estalle el beso
 y arda la roja sangre entre las venas!
 Torné los ojos con afán. La hermosa
 apoyaba en el musgo su cabeza,
 Con rugidos de amor llamé impaciente!.....
 puse mis labios en su boca trémula !.....
 y en urna de vapores columpiada
 sonrió á lo lejos 'brilladora estrella.

1895.

ABEL FARINA.

—❖—❖—❖—

PAN Y VERSOS

(Á JOSÉ VELÁSQUEZ GARCÍA.)

—Es un hecho que el arte florece: que cada día brilla una estrella nueva en el firmamento—nuestro parnaso—y que los antiguos astros dan cada día nuevos esplendurosos fulgores: no lo negará usted, mi amigo, á pesar del pesimismo que profesa en común con toda la juventud contemporánea, envenenada, sí, envenenada, con la literatura moderna, más tóxica que la morfina ó el ajenojo.

—Dejando la cuestión de ese pesimismo, hijo de lo que se quiera, replicaba mi amigo, de quien ya se sabrá algo, la cuestión es otra: sostenida la tesis de que los literatos, y los poetas, entre ellos, son parte de la civilización ó más bien, obreros del taller donde los siglos la elaboran á golpes de martillo; admitido que vienen al mundo con un destino dado, útil ó no, pero irremediable, yo afirmo que son por el hecho mismo de ese destino unos desdichados y que la fuerza reguladora de la triple marcha del mundo, material, intelectual y moral, hace los poetas, esos instrumentos de un trabajo dado, dándoles una facultad especial de sensación y expresión á costa de las probabilidades de felicidad y vida que corresponden á todo sér que nace.

Y al decirlo, el poeta miraba á lo alto como buscando á quién acusar de su desdicha, á quién echar en cara la crueldad de que se sentía víctima.

Era un hermoso poeta pálido como la cera, de cabello negro desordenado, de ojos grandes extraviados, como de loco; siempre vestido de negro, su rostro trasparente parecía la superficie de un charco medio iluminado, á la hora del crepúsculo, en medio de una llanura cobijada por la sombra.

Su vida, un tejido de desdichas y glorias, realizaba en su mente la idea de un sol cuyas manchas fueran lodazales!

Cuántas veces al salir del teatro, después de escuchar aplausos formidables provocados por su sola presencia, había carecido de unos centavos para tomar una copa, y cuántas hasta un albergue le había faltado para pasar la noche! ¡Cuántas veces sus ojos hundidos lanzaban un rayo de través á la vidriera de las pastelerías llenas de comestibles, en tanto que en su estómago nada había caído desde el día anterior, y en tanto, también, que los pe-

riódicos en que sus versos estaban publicados duplicaban su edición!

En este momento gozaba de un bienestar relativo; estaba bien vestido, y hablaba de sobremesa, con un antiguo compañero de colegio, su anfitrión por el momento; pero en presencia de los espejos y alfombras del restaurante, al verse exquisitamente servido por criados lujosos, más finos que muchos caballeros, y sobre todo al sentirse satisfecho en esa necesidad primordial, el hambre, la fuerza del contraste con sus situaciones ordinarias, había traído á su boca mil anatemas y maldiciones, y de ahí una discusión respecto del valor de sus facultades.

El amigo del poeta, hombre común, cuasi feliz, casado y dueño de una fortuna mediocre, de mediocres aspiraciones y de intelectualidad pasiva, replicó al discurso de aquél:

—No es de creerse que la inteligencia que ha producido poesías como las tuyas pueda emitir también un concepto como el que acabo de escuchar: concepto blasfemo, sea que se considere filosófica y religiosamente, puesto que Dios da las facultades; ya desde el punto de vista artístico, puesto que rebaja el arte á la condición de una enfermedad, de una desdicha de configuración: algo que da celebridad al paciente haciéndolo repugnante, como quien dice la jiba de los jorobados.

—Nada digo en ese sentido, replicó el poeta: el arte es bello, corriente; sus sacerdotes, seres privilegiados, muy bien; pero el privilegio de que gozan es al mismo tiempo un pasaporte para la miseria; para las noches largas sin luz y sin lecho; para los días monótonos, interminables; hasta para el sufrimiento que procede de la percepción más rápida de lo vulgar y de lo estúpido, tan frecuentes en la vida y tan molestos y dolorosos para la sensibilidad delicada de los artistas, con la cual vienen á rozarse, como los guijarros de una playa pedregosa para la planta de los pies de un niño. En fin, abre el famoso privilegio el camino de los desprecios y ¡de quiénes! de mercaderes miserables, de eruditos presuntuosos ó de eriticastrós aún más presuntuosos, y por último, le brinda la suerte al pobre privilegiado el lecho de un hospital como á Camoëns, una celda en el manicomio como á Maupassant ó una cuerda para ahorcarse como á Gerardo de Nerval. Luégo, mucho discurso y necrología, mucha palabra, y á

veces mármol y bronce por montones, para el cadáver, para el montón de materia que se transforma y sobre el cual derraman mentidos homenajes ó, si no mentidos, estériles é irrisorios.

—Usted exagera, querido, exagera monstruosamente, interrumpió el optimista contendor; es verdad que sufren los hombres de letras sus reveses; que pasan ratos tristes y desagradables; que acaso son desdichados; pero ¿no lo somos todos? ¿no es la desdicha, en su infinita variedad de aspectos, la ley que rige nuestro mundo, y que en resumen labra la felicidad haciendo progresar el hombre y cuanto existe?

Por otra parte, yo creo que esa es una de las superioridades del que habita esas regiones límpidas y serenas del ideal, ó debe serlo: sobreponerse á las desgracias y vulgaridades, hacerse superior al lodo y habitar en el éter, en la luz!

El poeta se rió y con expresión marcada de sarcasmo, dijo: Hasta en esos argumentos encuentro la desdicha de los poetas causada por su arte y su vocación: el sufrimiento, que á otros sirve de motor para ir adelante y conseguir el goce, á nosotros nos conduce apenas á mayor dolor; nos abate, nos empuja á los vicios y cuando más, lo aprovechamos traduciéndolo en estrofas que el vulgo aplaude haciéndose cruces de nuestra fantasía creadora, de la expresión exquisita, de nuestras invenciones! sin saber el miserable que esa no es creación de la mente, sino hecho vivo, real; un pedazo de nuestro corazón caído como la carne de los leprosos, por el progreso devorador de la llaga!

Después. . . el ideal; muy hermoso y su región muy límpida, muy pura; pero por más que se haga la intención de ir á morar en ella, siempre quedan el estómago y la piel y el sér propio, el que siente, acá en la tierra necesitados de abrigo y de alimento.

El otro se quedó un rato pensativo; luégo, miró el reloj y se levantó para marchar: su dependiente estaba solo en el almacén.

A tiempo de despedirse, le dijo: consuélase Ud.; la vida cambia y aquí el arte ya empieza á estimarse en dinero, luégo se estimará más y al fin hará Ud. con sus brillantes facultades una fortuna después de haber hecho un niubo de gloria para su frente con sus rimas soberbias.

Adiós. Diera yo cuanto poseo y cuanto haya de poseer por haber hecho una de sus poesías.

El poeta contestó, alargando la mano á su amigo:—La eterna historia; al desdichado que siente raudos los codos y rotos los zapatos, sin hogar ni cómo formarlo, y lo que es peor, falta de comida, desfalleciente de hambre, el primero que llega le consuela, moralmente, con promesas de ventura y de inmortalidad y le da como alimento, una frase miserable: “¡qué bonitos versos hace Ud.!”—Adiós.

Ya solo, inclinó la cabeza sobre el pecho, luego pidió una copa de licor, la bebió y se lanzó á la calle á grandes pasos profiriendo al salir una blasfemia.

S. RESTREPO.

Medellín, Agosto de 1896.



ULTRA

A mi estimado amigo Luis F. Botero.

¡Ay qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!

(*Santa Teresa.*)

En la via crucis que el hombre
Recorre con paso incierto,
Desde la cuna en que duerme
Allá en sus años primeros,
Hasta el sepulcro en que guarda
Sus tristes despojos yertos
En un lugar olvidado
Y en oscuro cementerio,
De la dicha un solo instante
Brilla el vivido reflejo,
Para dejar en el alma
Soledad y abatimiento.
Las ilusiones queridas
De que se pueblan los sueños,
Y la esperanza que alumbra
Del corazón el misterio,
Al querer tocarlas, huyen,
Espejismos del desierto
Que engañan al viajador
Que los contempla de lejos.

El ave que al aire suelta
Sus dulcísimos goijeos
Y construye entre las ramas
El nido de sus afectos ;
La oveja que se apacienta
Con el puñado de heno
Que mansamente recoge
Entre las éras del huerto,
Son felices, más que el hombre,
Que nunca sacia su anhelo
Aunque avasalle la tierra
Con el poder de su ingenio.
Privilegiada criatura,
“ Rey destronado ”, altanero,
Mira estrecha la morada
Donde cumplé su destierro.
Présago de sinsabores,
En las variantes del tiempo
Vive de vanas quimeras
Y de pasados recuerdos,
Hasta que al fin, yá cansado,
Dobla la frente en el suelo,
Y dejá tristes cenizas,
Leves juguetes del viento.

—
He visto vírgenes bellas
Que llevan sobre su pecho
Marchitadas é inodoras,
Por la carencia de riego,
Las flores que cultivaba
Algún amante sincero :
Flores que en la lid del alma
Adquirió como trofeo ;
Que ya no tienen perfume
Porque les falta sustento,
Y la frescura del llanto
En sus delicados pétalos.
La duda embarga mi mente,
Y entonces mi pensamiento,
Que teme manchar sus alas
En el pantano terreno,
Vuela en busca de otro mundo
Donde tenga el bien su imperio
Y la verdad reine siempre
Sobre doseles eternos.
Pero ¡ oh dolor ! nada encuentra
Desde que viva sujeto
A esta humana vestidura
En que se envuelven los huesos !

Me inspira siempre un anciano
 Religioso arrobamiento,
 Y escucho sobrecogido
 Sus elocuentes consejos:
 Porque sé que de la vida
 Va llegando al triste puerto
 Y se avecina al descanso
 Que se reserva á los buenos.
 Cada palabra que vierte
 Su labio aterido y trémulo,
 En el corazón derrama
 Alivio en sus sufrimientos.
 En su faz augusta y grave
 Estampa la muerte el beso,
 Y en cada arruga que ostenta
 Se va apagando un recuerdo.

—
 El niño que se adormece
 En el regazo materno,
 Al calor de las caricias
 Que le brindan con exceso,
 Aunque las alas de un ángel
 Cubran su adorado lecho,
 Y pueda oír suavemente
 Sus melodiosos arpegios,
 Mientras exista en la tierra,
 Donde el mal busca su asiento,
 De Adán llevará el estigma
 Perdurable y lastimero.
 Tendrá espinas que ensangrienten
 Su corazón dulce y tierno,
 Que encruelecen la amargura
 Y hacen sentir hondo tedio.
 Hallará las decepciones
 Cuando huelle su sendero;
 Y en cada gota de llanto
 Que viertan sus ojos bellos,
 Verá caer la esperanza,
 Verá apagarse aquel fuego
 Cuya lumbre semejaba
 Los resplandores del cielo.

—
 Pliega el labio una sonrisa,
 Pero se ignora el secreto
 De la causa que produce
 Aquel momentáneo efecto:
 Porque ella unas veces trae
 La frialdad del desprecio,

Y otras mezcla á su dulzura
El corrosivo veneno.

Si felicidad ansiamos,
Este lodo abandonemos,
En que sólo las pasiones
Pueden hallar alimento.
La patria del hombre es otra ;
Más allá del combo techo
Bajo el cual gira la tierra
Con solemne movimiento,
Hay un alcázar brillante
Que se preparó abeterno,
Por la mano bienhechora
Del Artífice Supremo.
Allí no existen las penas
Ni los engaños arteros,
Y de los ángeles se oyen
Los divinales conciertos;
La virtud, como esos soles,
Que sostiene el firmamento,
Vierte allí sobre las almas
Sus resplandores inmensos;
Mas en aquella morada
Sólo se obtiene el acceso,
Después que rompa la muerte
" *Esta cárcel y estos hierros.* "

Medellín, 12 de Agosto 1896.

JESÚS MARÍA TRESPALACIOS.



JESUS FERRER

Lo conocí una tarde, hace ocho años, allá en nuestra vieja ciudad de Antioquia, y desde entonces nos ha unido amistad inalterable.

No resisto á la tentación de presentarlo tál como lo vi, recostado contra una añosa palmera, alumbrado por la luz del sol poniente, que penetraba al través del ramaje.

Alto, delgado, pálido, con una sonrisa semi-burlona, semi-amable, oyendo impasible las careajadas que acababa de arrancar á un corrillo de amigos, á quienes refería un cuento color de... esperanza; el sombrero echado sobre las cejas ocultando su hermosa frente; ojos claros y melancólicos por donde asomaba su alma generosa,

Ni bello ni feo, pero de un conjunto agradable.

Es un muchacho muy serio, casi adusto, cuando no se halla entre amigos. No obstante es de aquellos que inspiran grandes pasiones. A las mujeres les gusta un tipo como él. Recuerdo que una morenita preciosa me decía una vez:

—Me encanta ese joven tan antipático.

Esto, que parece una paradoja, no lo es, pues ya manifesté que, á pesar de ser casi adusto, Jesús agrada. Es que su seriedad no viene del mal sino de su temperamento nostálgico.

Detesta el matrimonio. Quiere ser libre en todo. No le gustan las cadenas aunque sean de flores. No ha tenido jamás una novia *en firme*, porque dice que si se enamorara se casaría, y que el matrimonio es una esclavitud. No sé si tendrá razón. *Peut être*.

Ferrer es poeta aunque no hace versos: siente, y su prosa tiene algo como arrullo de paloma, algo como canto de cisne, algo como susurro de brisa. Odia á todos los tiranos, desde el que empuña cetro hasta el que esgrime pretina. Se indigna, y entonces en su prosa resuena algo como chisporrotear de fragua, algo como rugir de cañones, algo como romper de cadenas.

Recita á menudo los candentes artículos de Juancho Uribe, á quien admira. Por eso sus amigos le decíamos en nuestras intimidades:

—Jesús, tu prosa es muy *juanchesca*.

—Si, muy *juanchesca*, nos contestaba. Ojalá. El estilo del *indio* Uribe es digno de admirarse. ¿Dónde hay nada más bello que esto?: “Yá se destaca la *montañera*, la doncella de tierra fría, hacendosa y casta, con el zumo de las moras en las mejillas. . . . ¿Cuánta belleza en esa figura que decora las sierras, que esparce fragancia de cultivos nuevos y que tiene la redondez y tersura del globo de la granadilla!” ¿No es esto muy hermosamente antioqueño?

Le dábamos nuestro asentimiento.

Esta admiración casi incondicional de Ferrer por los escritos de Juan de Dios Uribe, hace que su prosa resulte *juanchesca*; pero aquél no es un imitador servil de éste. Son semejantes en el estilo y en algunas ideas, y nada más. Se diferencian en mucho: Ferrer no es tan exagerado como Uribe, porque no quiere llevarlo todo á sangre y fuego como el “eterno proscrito” que—como algunas aves

marinas—nació para vivir entre tempestades. De todos modos la prosa de Ferrer gusta, y gustará.

Jesús Ferrer es una antinomia viviente. Pasa de las más hondas tristezas á las más locas alegrías. En su conversación prodiga los chistes á granel y las frases lúgubres á porrillo. Su chiste tiene mucho de Taboada, su amargura tiene mucho de Balart; se ríe de todo, y todo lo fustiga con gracia, como aquél; llora á una muerta querida, como éste, y el dolor le hace lanzar frases empapadas en lágrimas. No hiere con su risa, como Larra; no blasfema en su tristeza, como Espronceda. Cuando se alegra, hace alegrar á sus amigos; cuando gime, alza los ojos al cielo y nos hace gemir con él.

Dije que Ferrer llora á una muerta querida, su hermana, una virgen casta y hermosa, una verdadera antioqueña. Murió cuando todo le sonreía; cuando la vida era para ella un conjunto de ilusiones rosadas, ensueños azules y risas frescas. Desde entonces Jesús está muy triste. Antes de esa pérdida solía caer en melancolías profundas. Ahora vive sumido en nostalgias, en anhelos vagos.

Cuando María, su hermana, murió, me dijo Jesús sollozando:

—¿Sabes? María ha muerto!

No supe qué contestarle.

—¿Para qué estudio? siguió; era mi único amor. Ella, mi pobre hermana, me reconciliaba con la vida desde que murió mi madre.

—Te queda otra hermana, le dije.

—Sí, y la quiero mucho, mucho. . . . pero á María la adoraba. Crecimos juntos, jugámos á unos mismos juegos; ya grandes tuvimos unas mismas aspiraciones. . . . Ya no me queda en el mundo más que mi hermanita viva y el recuerdo de mi madre y de mi hermana muerta. Estoy entre una niña y dos tumbas!

En vano traté de consolarlo.

Sin embargo, siguió estudiando hasta coronar su carrera.

Muchas veces, cuando—escalpelo en mano—rompía cuerpos humanos, vertía Ferrer dos lágrimas que se perdían entre los músculos rígidos de los cadáveres. Era que le asaltaba el recuerdo de su madre y de su hermana.

Por fin fue médico, se graduó, fue doctor.

Hoy vive en el Tolima arrancándole víctimas á la muerte. Tal vez en sus horas de nostalgia, al contemplar la cumbre blanca del nevado gigantesco, al evocar los recuerdos de su querida Antioquia, al pensar en sus verdes montañas, sentirá Jesús perfumes de helechos y madre-selvas, y verá allá, en el fondo de su mente, dos tumbas, sombreadas por cipreses y campanillas!

Allí duermen su madre y su hermana, arrulladas por el Cauca, cuyas ondas besan la arena y se alejan cantando misteriosos *De profundis!*

Medellín, Septiembre 7 de 1896.

JULIO VIVES GUERRA.



FUTURO

Á D. FIDEL CANO.

Yo también he soñado
Para mi pobre patria mejor suerte,
Y he visto alborozado
Luz y vida surgir de sombra y muerte:

Gallarda y orgullosa
La noble juventud sacudió el yugo,
Y á la divina Libertad—la diosa—
Le ciñó la corona del futuro;

Quién encontró la clave
Que ha de aprender el capitán experto,
Para guiar la nave
De la República al ansiado puerto;

Quién escribió la historia
De la noche pasada, oscura y triste,
Cuyo contraste proclamó la gloria
De un pueblo grande, vigoroso y libre;

El labrador hirsuto
La crudeza sufrió de ardiente clima
Recolectando el fruto
De nuestros campos, que Natura mimas;

Y era que no existía
Ya la caterva audaz de los ladrones
Que al honrado trabajo prefería
La mies hurtar de la vecina troje;

Tan libre como el viento
Que rueda en el cristal de la laguna,
Así fue el pensamiento,
Y así fueron la prensa y la tribuna;

El infeliz microbio
Que del fango surgió en hora maldita,
Al pantano volvió con el oprobio
Por galardón de todas sus perfidias;

De la extranjera playa
Do fueron por los déspotas enviados
Por temor á su empuje en la batalla,
Regresaron ¡oh Patria! tus soldados;

En todo colombiano
Se extinguieron los odios de familia,
Y el hermoso pendón republicano
Se vió ondear en la montaña altiva!

CARLOS ESPINELA.

Medellán-1896.

LIED

Diez mil representantes del "pueblo altivo" salen á recibir los restos del inmortal poeta judío. Jorge Isaacs en sus últimos años manifestó el deseo de ser antioqueño, y la tierra de Córdoba, agradecida, acepta el honroso paisanaje virtual, que ya será eterno. Ha sonado la hora del abrazo de gratitud y la muchedumbre, silenciosa en su entusiasmo, recibe los restos mudos del que fue gigante.

Medellín, "la cristiana sunamita", decorada con la riqueza de las ciudades orientales paganas, prepara la apoteosis del héroe de la belleza ideal.

En la *toilette* del día glorioso refulgen el blanco y el azul. Es un capricho del viejo sol al derramar su iris:

Las guirnaldas y las coronas de flores, puestas en armonía por las mujeres antioqueñas hacen derroche infinito de belleza blanca sobre el lugar dedicado á recibir las cenizas sagradas.

El aroma que sube de esas flores dijérase que es una inundación de esencia divina;

El día es muy hermoso. Está Medellín en plena posesión de su belleza ambiente. Nos cubre un cielo de nácar. Y las montañas con sus terciopelos de suaves tintes, completan la *toilette* azul.

El acompañamiento ha llegado á la plaza X., hoy de "Jorge Isaacs." De los balcones desciende, en lluvia perfumada, nube de flores. Empieza la orquesta tocando una alegre obertura que comunica á las gentes su vehemencia. La música es el elemento más ideal de esta fiesta dedicada á sublimar la belleza artística. Y con la música se enloquecen los corazones. Entouces se siente, en toda su grandeza, la palpitación de la humanidad colectiva. Hay interjecciones de admiración, gritos de entusiasmo. Las cabezas de mujer se agitan (no hay que perder los detalles) haciendo mover las flores de los sombreros, bajo cuyas frondas miran, brilladores, los ojos en que "refulgen las noches de Kedén." Tánta animación hay en los semblantes femeninos, hay luces tan extrañas en sus pupilas, que, pudiera creerse, sopla una ráfaga de amor. Los emboladores vocean á todo pulmón, números extraordinarios de todos los periódicos de la ciudad, con el retrato del poeta. Hay en esa muchedumbre mucho calor y algo como delirio: es una glorificación gigante.

Se hizo un gran silencio. Según el programa, la orquesta tocaba en segundo lugar *María*, sonata compuesta por un autor antioqueño, basada en los sentimientos amorosos que desarrolla la novela, homónima de la sonata y gloria de Jorge Isaacs. Empieza la sonata con una sinfonía suave, meliflua, de notas tiernas, que recuerda las primeras emociones del amor, de un amor delicado que nace en familia y se desliza sin ruido por entre las mil nimiedades de la vida ordinaria; se siente allí la candidez femenina que simboliza los amores grandes; despierta recuerdos de olores silvestres, aspirados en otra época, en el pasado, siempre feliz; ahora me parece escuchar la caída de los pétalos de rosa sobre la superficie tersa del baño que *María* adorna y perfuma para encanto de su novio. Luégo hay un *crescendo* exquisito que da la medida de la invasión del amor. Después se escuchan notas dolorosas, casi crueles: son los martirios de la ausencia, la nostalgia, las dudas, el temor. Y acaba la sonata con una especie de grito de angustia, que hace crisar los nervios, al desgarramiento del aire por las notas más amargas del dolor humano. Aquello tiene mucha vida. Es que el artista interpreta, con gran talento, el supremo dolor de Efraím ante la tumba de la novia.

La sonata fue aplaudida, pero pocos la entendieron, tal es la suerte de los refinamientos y exquisiteces del arte, que sólo entusiasman á los iniciados.

En seguida hubo discursos.....

Entonces se despejó un poco la plaza y pudo verse el monumento. Era un magnífico mármol cincelado en la misma capital de Antioquia, por un paisano nuestro, artista insigne.

Las señoritas medellinenses, gotas desprendidas del sol de oro de la belleza, rodean el monumento y cantan himnos en alabanza del poeta que inmortalizó el idilio romántico colombiano con todas sus nonadas encantadoras.

La ciudad en masa generaliza lo que el monumento sintetiza: la Apoteosis de Jorge Isaacs. Esa multitud con todos sus entusiasmos, y su monumento, y sus flores, y sus coronas de laurel, y sus armonías musicales, y sus mujeres bonitas, y sus periódicos, y sus discursos, y sus himnos de alabanza, y aun, con su mismo recogimiento, demuestra la acción colectiva de un pueblo que se pone á la altura de las glorias de un grande hombre; de un pueblo que es hospitalario hasta con los que carecen de necesidades, porque viven la vida de la nada; de un pueblo que estimula á los iniciados en el arte, para que avancen á ocupar las frías alturas de la grandeza.

El oro y los laureles consumidos en la recepción gloriosa son oro y laureles para el país que habita el temible "titán laborador".

--

Tiene la tristeza de los imposibles ese anhelo caprichoso de Jorge Isaacs, de ser antioqueño. La historia registrará más tarde este rasgo como una de las rarezas de su temperamento superior. Su ilusión se hundió con él en la nada. Sólo nos queda su recuerdo sagrado.

"¡Cómo la miro en estrelladas noches
En mis sueños aún!"

Así exclamaba, recordando á Medellín. Para Jorge Isaacs Antioquia era el deseado oriente de los poetas enamorados de la exuberancia de colores, que desean ir á países que tengan en su realidad algo de fantástico, para saciar, copiando, sus anhelos de belleza romántica. Pero ya el oficio se ha trocado: no serán los paisajes de la hermosa sunamita los que adornen el cerebro del poeta, para derramarse luégo en sus novelas y en sus estrofas: al contrario, los restos del poeta en el patrio monumento, serán el adorno de la ciudad que fue su encanto, donde

él quiso vivir, ó al menos, dormir, querido y respetado, el sueño sin pesadillas.

CARLOS DEL CAMPO.

Agosto de 1896.



POR NO DEJAR

(De *El Oleaje*, de Cartagena.)

El biógrafo de Heliogábalo, al concluir la vida de monstruo tan execrable, manifiesta el amargo deseo de borrar lo escrito para no transmitir á la posteridad la memoria de esas nefandas acciones. Yo, sin pretender el alto vuelo de aquel historiador insigne, y también sin necesitarlo, porque no se trata de ningún azote del linaje humano, siento desde el principio ganas de no dar curso á mi tarea, no tanto por el valor en sí de la materia de mi asunto, cuanto porque mi labor no será de grande utilidad para los lectores y no tiene para el autor otro aliciente que el placer, neciamente agradable, de tallar un trocito de madera muy blanda con una hoja de acero. La tarea es fácil.

Se trata de charlar un poco sobre el número 2° de *El Repertorio*, periódico mensual que dirigen los jóvenes Don Luis de Greiff y Don Horacio M. Rodríguez, ambos de Medellín, presentes por primera vez en el Capítulo literario..... Y ya que principié, felicito á los nuevos periodistas por la nobleza de propósitos que los inspira y por el desempeño material de la obra, en la cual hay limpieza y buen gusto tipográfico; doy mi sincero elogio á los ensayos de grabado ilustrativo y deseo que en este arte, al fin de mucho estudio y mucha buena voluntad, pueda tener Antioquia algunos buenos maestros. Deseo que el texto íntegro de *El Repertorio* sea siempre de origen nacional y, más aún, aseguro de mi parte á los Directores hacer á los dioses inmortales el sacrificio de uno que otro cabrito para que aparte á los colaboradores del funesto sendero literario que han tomado, imitando, valga la verdad, á casi todos sus antecesores, hechos ante sí conductores de la tribu á una llanura más fértil, sin haber conseguido más que volver á los antiguos aduares, repletos aún de poesías eróticas, de críticas falsas, de afirmaciones *ex cathedra*, emprendiendo, cuando más, uno que otro viaje á regiones muy peligrosas, al país de Víctor Hugo, donde empolla siglos el ave Infinito. Esto, sin llevar al plenario el cúmulo de alabanzas recíprocas que, consideradas en conjunto, son delito de múltiple calumnia.

De mortuis nihil nisi bonum. Mucho tengo que callar al hacer análisis de lo que dice *El Repertorio* sobre el Doctor Cami-

lo Antonio Echeverri. Él está ya en mucha parte de su vida juzgado por el criterio moral, considerando todas las circunstancias favorables y contrarias, hartamente conocidas en Colombia; y, hecho á un lado el polvo que se contiene en la tumba, se ve hoy en el doctor Echeverri lo que dice en prosa *El Repertorio*: un “orador fogoso y elocuente, filósofo profundo, polemista temible por su acerada y ática dicción, matemático insigne, soldado valeroso y poeta de nervio y sentimiento”; pero el buen sentido de las generaciones venideras no aceptará, como la de hoy rechaza, los conceptos rimados de *Mustio*, en que la fuerza del consonante lleva á hipérboles como estas:

“La Historia de los siglos contemplaste,
y armado de tu brazo giganteo,
del poder de los déspotas triunfaste.

Acaso más audaz que Galileo,
ibas de tus ideales por la ruta
cosechando amargura por trofeo”;

Eso hizo el consonante; algo más grave se debe á la falta de convicción y de seriedad:

“Probaste al fin de la *inmortal* cieuta.”

.....

El Doctor Echeverri no admite comparación con Sócrates, en lo general de su vida ni en el carácter de su muerte. Tuvo adversarios de sus ideas, como todo escritor público, y si experimentó disgustos domésticos, ellos no pueden darle diploma de mártir....¿ Dónde está el victimario?...Es mejor no hablar de esto: *de mortuis nihil nisi bonum*.

Dice *Mustio* :

“El hombre en su consigna es cual la hoja
Que lleva oculto el germen de la vida
á do inflexible el huracán la arroja.”

Aquí hay un ligero error de Embriología botánica; el germen va en el fruto, no en la hoja de las plantas.

Y agrega:

“La ardiente juventud sigue tu paso
.....”

La juventud colombiana no sigue el mismo camino del Doctor Echeverri.

En compensación de todo lo cual dice el necrólogo una gran verdad en el terceto siguiente:

“No corresponde mi cantar mediano
al que siguió las huellas de Nariño
y fue el florón del suelo colombiano.”

No se nota, en efecto, que corresponda.

En pos de esta mustia y mediana producción, viene un artículo titulado *Las psicopatías*, sin ninguna observación nueva en tan vasto y hermoso campo. Es como el prólogo de un anuncio. Hace notar, sí, su autor, *Karl Henry, que es infinito el número de los locos que andan fingiéndose cuerdos*. Lo que yo he oído decir es que el número no tiene límites en tratándose de tontos: *stultorum infinitus est numerus*.

Suplico al señor Henry que no me considere como degerado por sólo dos frasecitas de latín.

Me llama la atención un cuento regularmente ilustrado, que su autor bautizó *Tenoria*, por la soltura con que está escrito y por la animación que llena tan escasas líneas; pero me permito aconsejar al señor Montoya que abandone el género á que pertenece su cuento, porque en él agotará sin mayor provecho sus facultades imaginativas, y no es difícil que vaya á parar en lo mismo que un señor Elie Déreas—que no sé si será pseudónimo ó nombre verdadero—autor de un librito titulado *Apuntes para esbozos*. Vaya una muestra:

“XX

Nantes—11 de la noche.

—Luisa.... Luisa....

—¿Quién llama? Estoy ocupada.

—Abre!

—No, no abro, no molestes ó llamo al vigilante.

—Oye.... Luisita.....oye.....tengo diez francos..... abre!” (*)

En estos cuadros hay una gran originalidad; pero hay también un germen de decadencia funesto, si llega á ser dueño de una imaginación. Son útiles como apuntes, pero no más. Ojalá el señor Montoya tuviera la paciencia de no publicar sus observaciones sueltas y de reservarlas para una novela *madura*.

Vamos con *Perfil y frente*, artículo escrito por Saturnino Restrepo para decir que le gusta lo que escribe su amigo Federico Carlos Henao, ó sea *Carlos Espinela*, nombre que también usa aquel amigo de Saturno cuando sale á molestar á las Musas. De gustos no hay nada escrito, y si á Saturno le gustan los guisos de *Espinela*, con su pan se los coma, y santas alegrías. En cuanto á mí digo que las dos *cositas* del vate Henao que publica *El Repertorio* no me entusiasman, ni alumbran, ni deslumbran. Es que tratándose de rimas, hay hartazgo uni-

(*) Hemos suprimido el final del cuento intercalado en el artículo de *El Oleaje*, por creer que nuestros lectores no tolerarían la viveza pornográfica del cuadro (Nota de *La Bohemia*.)

versal, y quien ha leído á Heine y á Becquer; quien ha oído á Julio Flórez y vio hacer versos al infortunado Silva; quien ha escuchado á Maximiliano Grillo, debe de tener el paladar algo educado, para probar *invernales* llenos de versos en prosa y desprovistos del picante que quiso ponerles el autor. Dice en la primera estrofa de su *Invierno* el señor *Espinela*:

“La brisa de las noches invernales
Oid como preludia en los cristales,
Con el gemido eterno
De una eterna agonía,
La canción misteriosa del invierno,
Que hasta el alma penetra dura y fría.”

En *Tres años agonizando* de Landewski (traducción francesa) hay un trocito que dice:

“*C'est la nuit.... c'est une nuit d'hiver.... C'est toi, oh vieux hiver, qui viens frapper. Je te connais, j'ai déjà vu ta chevelure; j'ai entendu sur ma tête, courvée par la solitude, ton hurlement moqueur.... Toujours mourant, et pourtant plein de vie, oh vieux gamin, tu es immortel!.... Pourquoi ne dis tu pas ta dernière chanson, menant jusqu' au fond de mon être un petit morceau de ta neige qui tue et fait oublier?*”

Se ve que la estrofa copiada es una mala diluición del bellísimo trozo francés, aunque á mí se me ocurre que, por esas cosas de los genios, no explicadas aún, *Espinela* piensa y siente y escribe lo que alguna vez escribió, sintió y pensó *Landewski*.

¡Qué cosas las de los hombres grandes, y qué coincidencias y contrastes! El uno murió en Siberia hace ya muchos años, quizá al sentir en el corazón la primera partícula de nieve que hasta él hizo llegar el invierno compasivo; el otro vive, empieza á vivir, en el calor de Medellín, y en ese clima ardiente, 32° del centígrado, suelta al aire sus gorjeos de amor, cauta altos hechos de Capitanes ilustres y echa de su arco hacia los espacios, contra pícaros y tontos, el dardo de púas invertidas que al lado de su silla de paralítico mantenía el poeta de Düsseldorf. (Esto lo digo porque lo dice Saturno).

Pero hay una *pulsación* ó *rima* ó *inconveniencia* del señor *Espinela* capaz por sí sola de hacer una reputacion. Se titula *Por eso*, y dice así:

“Puesto que yo soy tuyo y tú eres mía....
Te supliqué de amor en un exceso,
Y bajando los ojos me dijiste:
—Consentiré..... por eso.”

“Pues bien, desde la tarde en que me diste
El que yo ansiaba apasionado beso,
De mi memoria se borró tu imagen
También.... por eso.”

Esto no pertenece á otra escuela que á la desvergonzada, es de esos versos que hacen los que no son poetas, imitando en lo inimitable ó en lo que no se debe imitar á algunos que sí alternaban con Apolo. El señor Espinela es de los que se creen inspirados después de cada sesión de amor barato y se dan á cantar hechos que en lengua honrada se denominan infamias ó... indecencias. Esta plaga de poetas de orgías y de conquistas, cunde como la langosta y es doloroso ver que la mayor parte son niños que no han hecho cosa mayor en la materia, exceptuando tal vez alguna aventurilla que ocasionara la dimisión de la Maritornes de la casa. Lo malo es que salen á contarlos y, vuelto beso aromático lo que se olió en la cocina, nada cuesta hacer unos versos, que luégo no falta á cada Espinela el respectivo Saturno que lo armará poeta diciendo: "Alumbra, pero si puedes, deslumbra!"

El cinismo no cabe en la literatura y menos en la poesía. Campoamor dice que recorrió toda España

"haciendo el Don Juan Tenorio
con doncellas de labor";

las poesías de Díaz Mirón, *Date lilia* sobre todo, tienen una carnalidad que á veces tiembla como el músculo bajo la piel. Pero Campoamor y Díaz Mirón son poetas á pesar de eso, no por eso: sépalo el señor Espinela, á quien me permito hacer una buena indicación:

Cuando toque á usted su vez de recomendar las producciones de Saturno, escoja las inéditas y diga de ellas todo lo bueno que se le ocurra: nadie dirá nones. Al contrario, como todo hombre es digno de crédito mientras no se le pruebe que ha mentado, usted hará de su amigazo un genio, y juntos ascenderán al Parnaso, cogidos de la mano, entonando invernales y *porosos*, que es á lo que los vates sin bautismo deben aspirar. Amén.

Es tan poco grata la tarea de señalar faltas ajenas, que he procurado hacer mis observaciones más bien poniendo de presente el pecado que hiriendo al pecador. Procediendo á la manera de Valbuena, cogería el versito aquel del señor Espinela en que dice que *no tiene que ver con las mujeres* y le diría lo que no le ha dicho Rochefort á Constant; le enseñaría á Saturno que el chirriar de la veleta nada tiene que ver con la hechicería, y se explica fácilmente por la falta de lubricante, porque de otro modo bien podría considerarse cada carro mal untado como un oráculo y cada carretero sería un arúspice, por la misma razón de la veleta.

Agorero el chirriar de la veleta! Para decir esto se necesita ser algo como un Federico Carlos Henao, cuyo mismo nombre teutón da indicios de que en ese cerebro se han posado todas las brumas del Rhin, todas las oscuridades de la Selva Negra.

Dice don Federico Espinela que tampoco tiene que ver con los trovadores, cosa que se comprende antes de que nadie lo diga... Lástima que no proceda de acuerdo.

Llaman á la puerta de una casa.

—¿Quién es?

—Yo... ¿Aquí vive doña Marciana, la que vende escapularios?

—Sí, pero ella no vende escapularios; lo que ella muele es cacao.

Apliquemos:

—¿Quién es?

—Yo... ¿Es esta la gruta donde mora el pastor Espinela, hijo mayor del Invierno y deleite de Saturno; ínclito autor de *Por eso...* aquel, en fin, que hace poesías de todas clases *con la facilidad de lo irremediable*?

—Sí, pero aquí no hacen poesías; aquí lo que escriben es disparates, de frente y de perfil.

Que otros hagan lo que tengan que hacer: yo vengo á hablar de los mustios para que me oigan los marchitos.

Dice el mustio más viejo hablando al Doctor Echeverri:

“Yo soy de tus creaciones una parte
Pues vengo de ese pueblo soberano
En quien pusiste el corazón de Marte.”

El Doctor Echeverri tuvo demasiado talento para no entrar en creaciones tan macilentas. ¿Creación *Mustio* del Doctor Echeverri? *Necuaquam*,

“El tosco verso escrito sin destreza
no es el himno que toca á los titanes.”

Lo que prueba que estos poetas así pécan con conocimiento de causa.

El Doctor Echeverri

Jamás sintió del pánico la angustia,
vio sin temblar las iras de la plebe
y hoy, en la tumba, airado se conmueve
al escuchar tu *nerologia mustia*.

Esta estrofa es mía y se la dedico al autor de la composición leída en el *Liceo del Porvenir*.

¡Yo también en Arcadia fui nacido!
¡También yo soy poeta!

“No todo yace en el sepulcro helado.”

Este verso es de *Mustio* y nuevito. *Non omnis moriar*, escribió Vergniaud en la pared del calabozo; *Yo no estoy todo aquí*, dijo don Julio Arboleda. Todos creemos que en la tumba no está el hombre completo, menos cierto *marchito*, que por extremar la idea contenida en la expresión del poeta caucano, mandó grabar en la lápida de su padre de él esta inscripción:

AQUÍ NO HAY NADIE. R. E. P.

“Otra elegía como esta, y mi memoria no resistirá dos generaciones”, diz que murmura entristecida la sombra del célebre Doctor Echeverri. No será así, oh paladín de la justicia, abogado de la desgracia! Los que te admiramos sin empalago de tercetos, vemos en ti una alma enamorada de lo bello y de lo bueno, prisionera casi sesenta años en un cuerpo que delinquiero por ser de hombre, pero tus errores tuvieron la sinceridad misma de tus muchas obras buenas. Duerme en paz!

He dejado para la última, como quien dice para quitar el mal gusto de la boca, el artículo *Nuestros artistas*, de Horacio M. Rodríguez. Esto sí que es cosa seria y digna de atención. Rodríguez juzga al pintor más adelantado de Antioquia: Cano; y ambos son verdaderos artistas. Siento de veras no tener en la dogmática del arte otra regla que la fe del carbonero, sencilla y ciega, que, á poseer principios científicos, me complacería en elogiar, ciencia en mano, lo que valen, Cano como artista y Rodríguez como crítico.

El artículo citado está escrito con sencillez maestra, y deja ver que el autor ha manchado en su Establecimiento fotográfico (el mejor de Medellín) las hojas de la Gramática Castellana.

A falta de otra cosa mejor, reciban Cano y Rodríguez mi más ferviente aplauso y mis deseos de que vivan largos años para honra propia y gloria de la Patria colombiana.

ANTONIO POSADA HERNÁNDEZ.

—❖—❖—❖—

PLUMADAS

Jesús Ferrer, el bohemio á quien nosotros acompañábamos en la redacción de esta revista, se ha ausentado de Medellín para ir á prueba de fortuna por otras poblaciones. No recibió grados académicos, pero obtuvo un honroso certificado de los profesores de la Facultad de Medicina. Ha dejado de ser *bohemio* para lanzarse en lucha tenaz por la existencia. Ojalá salga triunfante al cumplirse en su contorno la terrible ley de selección.

Por no dejar.—Aunque *La Bohemia* ha ofrecido no publicar sino trabajos inéditos, rompe hoy esa regla para publicar un artículo de Antonio Posada Hernández.

El público tiene derecho á saber el por qué de esta excepción. Hélo aquí:

El artículo de crítica bautizado con el nombre de este suelto, interesa especialmente á los lectores de Medellín, pero fue publicado en *El Oleaje* de Cartagena, lo cual equivale á decir que el artículo todavía está inédito, pues suscritores á *El Oleaje*. . . búsquense á las *bajamares* y en los cuernos de la luna, á *la luna de Valencia*.